

El cántico del Cordero



¡Queridos Hermanos y Hermanas Cistercienses!

Últimamente, me he sentido llamado a invitar a las comunidades a la obra de comunión como el trabajo más urgente al que debemos dedicarnos si queremos avanzar en el camino de la vocación y misión que el Espíritu Santo nos ha dado y confiado. Si no existe la conciencia de nuestra vocación fundamental, se hace difícil, y a veces imposible, afrontar, corregir, educar los elementos parciales y temporales de la vida de nuestras comunidades, incluso si suelen ser estos elementos los que atraen mayor atención.

La sinfonía de la comunión

A menudo los dibujos de los niños son más significativos que las obras de los grandes artistas. Este dibujo me hace pensar que la comunidad es como una gran o pequeña orquesta a la que se le ha confiado el trabajo y la alegría de interpretar una sinfonía en la que cada miembro tiene su papel, su partitura a seguir, pero siempre en armonía con todos los demás instrumentistas, bajo la dirección de un superior que representa al gran Maestro de la sinfonía del universo, Jesucristo.

En el dibujo de este niño, la orquesta llena el espacio entre la tierra, bien señalada en marrón, y el azul del cielo en lo alto. Es como si la orquesta tuviera que unir la tierra con el cielo, colmar el espacio vacío y sin color que los separa.

El director, aunque tiene los pies en la tierra, lleva un traje azul del mismo color del cielo. Paradójicamente, parece que los músicos no tienen instrumentos. Ellos mismos son los instrumentos de la sinfonía, como un coro vocal.

Al lado de la orquesta, un grupo de espectadores, que parecen niños, es atraído por la música y parece caminar hacia la orquesta. Aún no tienen rostros con nariz, ojos, boca. Sin embargo, los músicos comienzan a tener estos rasgos del rostro humano.

Me parece que este dibujo expresa la obra de la comunión a la que estamos llamados a llevar a cabo juntos, y a la que cada comunidad debe consagrarse prioritariamente. Es la obra más importante que hay, porque reconcilia el cielo con la tierra, llenando de sentido, de color y de belleza armónica el espacio del tiempo en que vivimos. La dirige Cristo, el Dios del Cielo que se ha hecho hombre y ha caminado sobre la tierra, penetrando hasta los infiernos para reconciliar al hombre con Dios. Quien se une a esta obra, quien acepta formar parte de la orquesta, adquiere cada vez más los rasgos de su verdadero rostro, de su verdadera personalidad, se hace cada vez más a sí mismo. Y esto atrae a la humanidad perdida y sin rostro hacia la participación en esta obra sinfónica dirigida por Cristo para la salvación de todos. En efecto, el mundo entero, es llamado y atraído para entrar en la sinfonía de la comunión de la Iglesia.

Los músicos, para ser verdaderamente ejecutores de esta sinfonía, están bien sentados en su puesto, delante de atriles verdes semejantes a un bosque de árboles, sobre los que está colocada la partitura que deben seguir. Pero ellos no miran solamente el atril y la partitura: miran al mismo tiempo al Director azul con los pies sobre la tierra. Todo está pendiente de su gesto, de sus manos alzadas, de la que se perciben claramente los dedos. La partitura, distribuida a cada uno, es la Palabra de Dios, el Evangelio, y también para nosotros la Regla de San Benito, y todo el tesoro de la sabiduría cristiana y monástica que la Iglesia y la Orden nos transmiten. Cada uno debe estudiarlos con atención. Pero si faltase la atención al único Maestro que aquí y ahora dirige la orquesta, las partituras se convertirían en letra muerta, y su ejecución solo producirían disonancia, ruido, cacofonía, no la bella y atrayente armonía de la Comunión trinitaria que Dios quiere dar a la humanidad.

Acceder a la comunión

En el capítulo 63 de la Regla, san Benito establece el orden que se debe tener en comunidad. Es fundamentalmente el orden dictado desde el momento en que cada uno ha sido llamado y conducido por Dios para entrar en el monasterio. No es, por lo tanto, un orden “natural”, sino un orden “vocacional”, establecido por la elección y la gracia de Dios. Pero también por la libre respuesta de cada persona a la llamada del Señor.

Es interesante notar que san Benito habla de un orden que se da, por decirlo de alguna manera, *caminando*, avanzando hacia algo. En efecto, hay que respetarlo, cuando los hermanos “*acceden* a la paz, a la Comunión, a la entonación de los Salmos, y a colocarse en el coro – *sic accedant ad pacem, ad communionem, ad psalmum inponendum, in choro standum*” (RB 63,4).

El orden interno de la comunidad es el orden con el que progresamos, accedemos a las expresiones más profundas y significativas de la vida monástica: la paz fraterna, la comunión eucarística con Cristo y en Cristo, la oración de los salmos y la liturgia que nos reúne en el coro. Estos aspectos no son solo litúrgicos, sino que son la dimensión de la vida humana redimida por Cristo, que nos da una relación nueva entre nosotros y con Dios. La comunidad, reunida en la paz de la comunión con Cristo que ora al Padre (los Salmos) en el amor del Espíritu (el coro como Cenáculo de Pentecostés), encarna la obra de la sinfonía de comunión a la que cada uno estamos llamados por Dios, con una elección personal, precisa y única, pero que se realiza solamente si nos conduce a caminar juntos hacia la plena comunión con Cristo y en Cristo por la que se irradia la paz fraterna entre todos los hombres y con Dios.

Cuanto más visito las comunidades y escucho a cada monje y a cada monja, tanto más me convengo que lo que falta y se descuida es precisamente la obra de la comunión, simbolizada por la ejecución de la orquesta de la que hablamos desde el comienzo. Nos preocupamos y nos lamentamos de todo, excepto de la ausencia de lo esencial que Cristo ha venido a traer al mundo, de la disminución de aquello por lo que Cristo ha muerto y resucitado, de aquello por lo que ha dado vida a la Iglesia, de aquello por lo que ha enviado el Paráclito: la comunión con Él, y en Él con el Padre y todos los hermanos y hermanas, en el amor del Espíritu Santo. La obra sinfónica de la comunión con Cristo y en Cristo debería ser el corazón y el alma de todo trabajo personal y comunitario para seguir a Jesús. Es la obra esencial para la que hemos sido llamados a seguir nuestra vocación, guiados por la Regla de san Benito según el carisma cisterciense. Es la obra por la que cada uno y cada comunidad recibe de Dios todas las ayudas interiores y exteriores para convertirnos en trabajadores de esta tarea o, si preferimos, en los músicos de esta orquesta. Los superiores y las superiores no deberían pensar más que en esto, como asimismo todos los formadores, pero también los ecónomos, los responsables de la acogida, los párrocos, los cantores, los enfermeros, todos, hasta el último que ha entrado en la comunidad, es decir, todos los “obreros” que Dios ha llamado y elegido “de en medio de la multitud del pueblo” para dar y transmitir “la vida verdadera y eterna” (Cfr. RB Pról. 14-17). Porque la vida verdadera y eterna es la vida de comunión: “Si quieres tener la vida verdadera y eterna, guarda tu lengua del mal, tus labios de la falsedad. Apártate del mal y obra el bien, busca la paz y síguela” (RB Pro. 17; Sal 33,14-15).

Sin el empeño de la consagración de nosotros mismos a la comunión de Cristo, ningún problema o dificultad de la comunidad pueden ser resueltos, ninguna

formación puede ser seriamente realizada, ninguna nueva vocación puede ser adecuadamente atraída y acogida, ninguna crisis puede ser superada, ningún equilibrio entre oración y trabajo, contemplación y misión, silencio y palabra, puede ser encontrado. Fuera del ámbito de una comunión vivida y siempre de nuevo buscada, ninguna conversión puede ser pedida y querida; y ninguna estabilidad encuentra terreno y permanece para hacerse realidad.

Pero, ¿cómo “accedemos” a la comunión, fuente de paz, de unión con Dios y con los hermanos? ¿A qué estamos llamados a elegir para decidirnos por la comunión de Cristo?

Invitados a las bodas del Cordero

La comunión cristiana, antes de ser una unión entre nosotros, es la relación de amor que nos une a Jesucristo. Esta relación es el don pascual por excelencia, que hace de la Eucaristía el corazón palpitante de la Iglesia, porque la Eucaristía es la coincidencia inmediata de la muerte de Cristo por nosotros y de nuestra comunión con Él, resucitado de entre los muertos. San Pablo expresa claramente este misterio escribiendo a los Tesalonicenses: “Él ha muerto por nosotros para que (...) vivamos junto con Él” (1 Ts 5,10).

Este vivir junto con Cristo que nos ama tanto que muere por nosotros, tiene una dimensión esponsal que toda la Sagrada Escritura nos anuncia y describe. Cristo es el Esposo que ofrece a todo ser humano la plenitud y la salvación de la vida en la unión con Él que nos une al Padre en el Espíritu.

Recuperar la dimensión de comunión esponsal con Cristo en la conciencia de nosotros mismos y en el vivir nuestra vocación, es la gran urgencia que siento “gritar” en nuestra Orden, y un poco por toda la Iglesia, por las situaciones y las crisis en las personas y en las comunidades. Si a menudo se vive la vocación como solteros o solteras que no piensan más que en sí mismos, no es tanto porque no estamos casados, sino porque no vivimos y cultivamos la dimensión esponsal en nuestra relación con Cristo. Dimensión esponsal que significa que la relación con Cristo es para nosotros, como para todos, la realización afectiva del corazón y la fuente permanente de la fecundidad de nuestra vida.

La Pascua es una invitación ardiente y definitiva para cada uno de nosotros a las “bodas del Cordero” (Ap 19,7.9; 21,9).

El libro de Apocalipsis habla constantemente del Cordero, de Cristo-Cordero inmolido y viviente, que es, con el Padre, el centro de la nueva Jerusalén, de la ciudad de nuestra comunión con Dios y con todos, el centro del misterio de la Iglesia, de la Esposa que desciende del cielo para abrazar a toda la humanidad a través y en la Redención de Cristo, que hace nuevas todas las cosas.

La imagen del Cordero de Dios, del Cordero que es Dios, Hijo del Padre, concentra así todo el misterio de la comunión con Dios que nos es ofrecida y dada en el Cristo pascual, “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn 1,29).

Cuando el autor del Apocalipsis nos habla del Cordero, en medio de las descripciones del drama de la historia del mundo, caracterizado entonces como ahora por la violencia, por el pecado, por la mentira y por la muerte, es siempre para ayudarnos a acoger y a vivir en comunión con Jesús y en Jesús que salva y transforma nuestra vida y el mundo. El Cordero es el pastor que nos conduce a las fuentes de agua viva (cfr. Ap 7,17). El Cordero es el Esposo de la Iglesia, a cuyo banquete de bodas estamos invitados (Ap 19,7.9, 21,9). Con el Padre, es también el Templo de la ciudad nueva y su fuente de luz (Ap 21,22-23). De Él, como del Padre, brota el río de la vida (Ap 22,1).

Sí, Cristo es el Cordero Pastor, que nos guía; el Esposo, a cuyas bodas estamos invitados; es el Templo de nuestro verdadero culto a Dios Padre, de la verdadera oración; la fuente de la única luz que ilumina nuestra vida y de la vida eterna. Estamos llamados a dejarnos conducir por Él a la unión con Él, para que nuestra sed de vida eterna y de luz pueda ser apagada.

Si pensamos en todo esto, debemos admitir que muy a menudo nos contentamos con una relación con el Cristo pascual más bien superficial y parcial. Descuidamos vivir la relación con Él según los registros que Él mismo pone a nuestra disposición, a través de la ofrenda de sí mismo totalmente en la inmolación del amor crucificado y en la alegría de la Resurrección. Le pedimos quizá un poco de guía espiritual, un poco de amistad, un poco de luz, un poco de consuelo, y en el templo de su presencia y de su oración entramos por un momento, sin detenernos demasiado. Cuando, sin embargo, Él nos ofrece todo, para siempre, sin límites de tiempo y de espacio, sin límites de amor, se ofrece totalmente a nosotros, ¡siempre!

Pero cuando en nuestra vida y en la vida de nuestras comunidades descuidamos poner en el centro el misterio del Cordero, perdemos la paz. La verdadera paz no consiste en la ausencia de problemas, de dolores y de preocupaciones. La paz nos es dada cuando permitimos humildemente al Señor responder a través de su presencia y su amor a nuestra necesidad de Dios, a nuestra necesidad de luz y de vida, a nuestra necesidad de ser conducidos y de encontrar plenitud en el amor. Es precisamente esto lo que quiere darnos el Cordero de Dios, ofreciéndose por nosotros y dándose a nosotros como Templo, Luz, Fuente, Pastor y Esposo.

La paz de Cristo es el don gratuito y permanente del Cordero. Su amor la alimenta, su sangre la hace segura, su resurrección la anima. Se nos es dada con su vida, con su presencia, con su amor. Es la paz de la oveja que tiene un pastor; la paz de la esposa de un esposo fiel. La paz de Cristo nos es dada con Él. Él mismo es nuestra paz (cfr. Ef 2,14). Lo que nos debe turbar y asustar no es la pérdida de la paz, sino la pérdida del Señor, la posibilidad de alejarnos de Él.

La liturgia nos hace invocar: "Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ¡danos la paz!". Y seguidamente Lo recibimos y nos unimos a Él en la Comunión eucarística. Nuestra paz es el don acogido por la comunión con Jesús y en Él con todos.

El cántico nuevo de los testigos del Cordero

El Apocalipsis nos habla de un “cántico nuevo” (14,3), de un “cántico del Cordero” que desciende del Cielo, acompañado del sonido “de las arpas de Dios” (15,2-3). Es el cántico que pueden aprender y cantar solo “los redimidos de la tierra”, aquellos que “siguen al Cordero donde quiera que va”, unidos solo a Él, sin mentira y sin mancha (cfr. 14,3-5). Son los mártires, los testigos, que “han vencido [al acusador] gracias a la sangre del Cordero y al testimonio de sus mártires, porque han despreciado la vida hasta morir” (Ap 12,11).

Son aquellos para los que el Cordero es verdaderamente pastor, esposo, luz, templo y fuente de vida. En su docilidad para seguir al Cordero para unirse siempre más a su destino, se convierten en los humildes intérpretes del cántico sinfónico de la comunión de Cristo y en Cristo. Son ellos los que transmiten al mundo la belleza de la Redención en la comunión.

Su cántico nos atrae a las bodas del Cordero, nos atrae, como los niños del dibujo, a entrar con todo lo que somos en la orquesta de la sinfonía de la comunión, cada uno con sus cualidades y sus límites, sin temer desentonar o dar notas equivocadas, porque el cántico no es nuestro, es un cántico de misericordia, de reconciliación, de humildad y mansedumbre, el cántico de un Cordero inmolado y viviente. Quien fija el corazón y la mirada en Él, quien se deja dócilmente dirigir y conducir por Él, recibe de Él mismo la armonía del Espíritu que nos hace a todos juntos instrumentos y testigos de la Comunión de Dios que sana y cura las heridas del mundo.

La vida nueva es un cántico, una armonía que estamos llamados a aprender del Cordero de Dios, siguiéndolo, amándolo, alcanzando de Él la vida, la luz, la misericordia, la alegría pascual. La vida nueva que cambia el mundo es una victoria gracias a la sangre del Cordero y el testimonio de personas que desprecian su vida hasta morir para preferir a Aquél que primero y por nosotros “se ha humillado así mismo haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz” (Fil 2,8).

¿No es esta quizá la melodía sinfónica del cántico del Cordero que la vocación, el carisma, la Regla de san Benito, especialmente en el capítulo sobre la humildad, nos enseñan a cantar juntos, con toda la Iglesia, con el Papa Francisco, con los pequeños y pobres de la humanidad, de modo que venga de lo alto sobre la tierra, aquí y ahora, entre nosotros y con todos, el Reino de la Comunión de Dios?



Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist

Roma, Pentecostés 2013